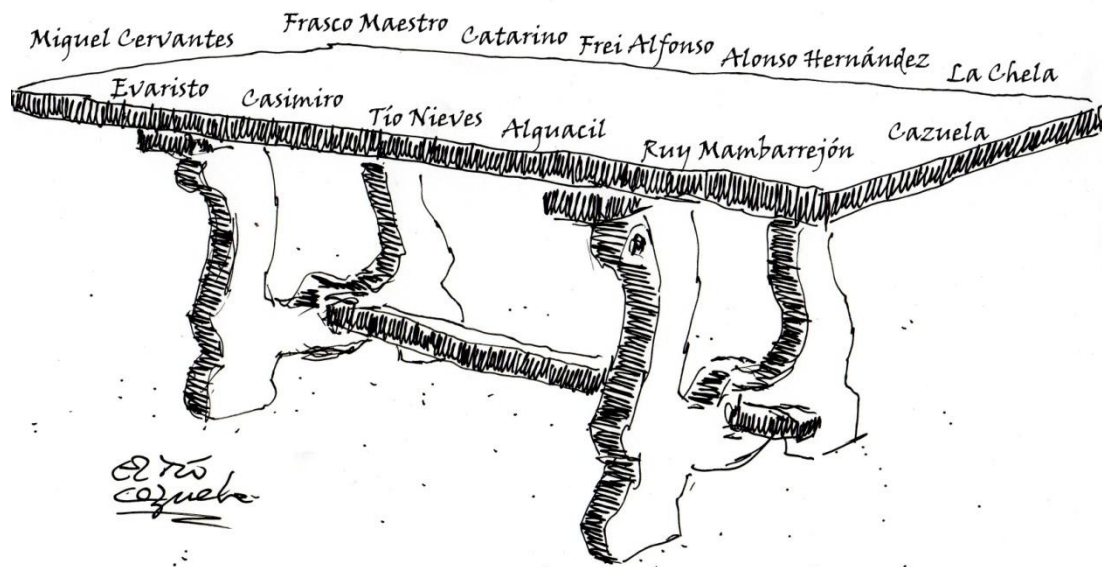


Del día
de la cena
sobre escritura





iBoo, Carbonera...!.- Inquirió a la mula el mozo de la Filomena, sujetándola de dar vueltas a la noria y parar de regar. Desenganchada y entrada dentro de la casilla, para que el animal no quedase en frío, le dispuso de comer paja entreverada con cebada, dándole descanso.

Él, a la hora más del ángelus, había ya comido cosas de la huerta con pan, se desvistió de las ropas del campo y se metió en la arqueta, que no era chica, de la requera, para lavarse el cuerpo del sudor. A esto, que estando de tal manera, vio llegar por el carril a la casilla a dos figuras viajeras, de un hombre y una mujer, que seguro de paso

iban de la Villa Cañas al pueblo. Al acercárseles el hombre dijo:

-Momento de nuestra llegada no sabemos si es en acierto, mas quisieramos dar de beber a las mulas y al ver pozo de noria atrevimiento hemos tenido de parar a preguntar. De molestia no debe ser, si con darnos permiso para saciar el agua de las caballerías, nosotros mismos dispondremos de sacar el agua del pozo. Que al terminar volveremos al camino hasta llegarnos a las lagunas de esta villa, al sitio que llaman de Adán y Eva, de baños y reposo buscando salud y recreo.

-En ello no ha lugar a preocupación- respondió el mozo Cazuela-, mas sin vestimentas, y viendo que en su compañía va una mujer, de aquí mejor será que me quede. Espachense ustedes a lo que me piden, y que a la mujer diga que no de vuelta a su cabeza, que aunque de natural somos hechas las personas por el Creador, mejor haga de no verme según mi madre me sacó de dentro suyo.

Al tiempo de ser servidas las mulas de algunos cubos de agua, los viajeros continuaron camino habiéndole agradecido al chico de la huerta el favor hecho y por no salir de la arqueta habiendo presencia de mujer delante.

Que igual hubiera dado de ponerse en pie el muchacho por causa del agua tan fría del pozo, que la colilla no hubiera podido estar a vistas, de tan adentro de él buscándose refugio.

Aparejó a la mula "Carbonera", apretándole la cincha y pusole las agüaeras, las que llenó de algunos melones de agua y otros chinos, unos tomates y otras hortalizas para repartir y dejar una parte en casa de la Filomena y otra para que sirvieran de parte de cena en el mesón de La Chela con los que había quedado días atrás para hablar de escritura. Arreó al animal hasta llegarse al pueblo por camino de los Marotos. Al llegar al Hondillo, abrió la puertecilla de la portá y descargó parte de la carga, desquitó las agüaeras al animal, dejándola con una manta sobre la mula y unas alforjas donde colocó las cosas de la huerta, avisando a su abuela de que no le esperase en la hora cenar.

Después de volver las Cuatro Esquinas, se llegó hasta la tahona para hacerse con varios panes de quilo y cuarto, tal como le habían llevado recado a la mesonera. Que ella solo debía asistir a la mesa con el guiso y el vino propios de su casa en este día sábado último del mes natural. Habiendo hecho la compra, encaminó hacia el mesón. No

había ni llegado a la calle del Tesorero cuando pareció ver a la moza de la tienda de telas y teletones, la Ana, la de Álvarez de Lara. Estandose a los mismos pasos de ella, saludó a la moza.

-Sa que no son graciosos los pasos que te llevas..

-Ea, mozo, si a ti te lo parece, a mi me alegra.-Contestó al saludo la chica de las telas-. Tus pasos y los míos estoy en que al mismo sitio van, que en este anochecido de cena y casquera con otros andas metido. Recao me trajeron de la mujer del mesón de participar en ayudar en ello, con sus otras criadas y la tía Vitorina, que de al parecer todos los aposentos esta noche y mañana del día del Señor, llenos de viajeros estarán.

-En lo cierto estas Ana, y pues entonces de saber tienes que me produce contento. Si el camino al mismo sitio nos trae, si parecerte bien tienes, súbe a la mula, que trecho queda hasta presentarnos en el sitio al otro lado del Riato. Al paso, seguro tengo que envidia daré a quien nos vea subidos en la "Carbonera".

-Anegación ninguna me produce ir subida y caballérica en tu mula, que de ayer mañana lo mismo me da la alcahuetería, y si de alguien que nos mirara dijera que

mi gusto mucho es de asobinarse yendo subida, al igual es que de mi gusto fuera; que de envidia queden si sus lenguas hablan por coger compases. Que sin ser postinera, delgado es mi talle y blanca y dulce tengo la piel, que de cuantos quisieran. Y, ea, hasta la presente, que buenas contestaciones han llevado los que me han llegado con lo de sabrás a lo que vengo.

-Pues si así es, dame la mano y préstate de subir a la mula, que allá nos vamos.- Invitó el mozo de la Filomena a la Ana de Álvarez de Lara-.

Subidos los dos en la Carbonera, dispuso la chica los brazos rodeando la cintura del mozo, encaminándose por el Riato, ella caballerica, y él henchido y ensanchado.

Estándose ya de frente a la portá del mesón, a su paso salió el mozo de cuadras y caballerizas de la mesonera haciendo saludo de bienvenida al lugar. Bajose primero Cazuela, y luego ayudó a apearse a la Ana asiéndola por la cintura hasta dejar en la tierra sus pies. Al encuentro acudió también la criada Eufrasieja, a la que el mozo entregó las cosas de la huerta y los varios panes de quilo y cuarto comprados en la tahona.

-Conmigo llégate a las cocinas.- Dirigiendo la sirvienta las palabras a la Ana.- Y tú, mirando al mozo de cuadras, entra a la mula en la cuadra del ama, que diferente es este animal a las bestias de los otros viajeros.

-Échale un pienso a la "Carbonera" de paso ya, que de no saber cuándo acabaremos la casquera igual le entran ganas, que de ajustar los dineros debidos con la mesonera no será problema.- Le dijo el Cazuela.-

Partieron las dos jóvenes tirando por los pasillos a las cocinas de adentro buscándose a La Chela, para saber quehaceres llevar a cabo antes y durante la cena de los que hablarían de la escritura. El mozo de la Filomena se entró al comedor que daba de vistas a la calle y que servía, de paso, para tomar refrigerios a los viajeros que no hacían noche en el mesón, sin ser taberna. Estándose allí pidió al mozo de la bodega, que era el que espachaba, un vino tinto de los de la propia cueva. De ser el despiste del muchacho, estado casi natural, que de al entrar no fijose en quien esa habitación había.

A los algunos tragos del vino, dióse cuenta de quienes en esa habitación se hallaban, un hombre con mujer en una mesa, un arriero, y otro que recordó ser quien era, el

ayudante de Miguel, el de Cervantes, el de parecer espirituaño y de media angueta, un tal Catarino Cruz, de verlos el día que llegaron a la Villa Franca, y pasaron por la plaza del mercado comprando algunas cosas del puesto de la huerta de la Filomena.

Cruzando la habitación hacia otras tareas apareció La Chela, fijándose en el mozo nieto de la hortelana.

-¿Qué, ya de espera a los de la cuadrilla con la que tienes cena?-. Dijo el ama del mesón-.

-No es tarde,- contestó Cazuela-, mejor estar con tiempo cuando con gente se queda. Que disgusto mío es que me llamen rezagón y por mi causa haya quien de espera esté. Pendiente ando de los que han de venirse al olor de la sartén en este anocheo.

-Alguno hay por la casa ya, de aquellos de los que nombre me dio el tío Nieves el esquilaor. De los otros, ya acudirán en su hora. Por la cocina de dentro he pasado, viendo que se están la tía Vitorina, y la moza Ana, la de Álvarez de Lara, de las que mandé recaer para ayudar en esta noche. Ya he visto que la de la tienda de telas, los panes de quilo y cuarto, frutas, verduras y tomates ha dejado allí por encargo tuyo. Tal como al esquilaor le hablé, que de esta

noche, una cazuela grande de breve de tenca tenéis a la mesa. De sobrar incluso pudiera ser, que aunque tener tiento y media se ha de andar con las manos, para no estrozar, mejor ha de ser que sobre que no falte. De al terminar, mas vino, y giniebla tendréis. Más, intrigada estoy de saber que cuentas te traes con todos estos en esta noche, sabiendo que de letras queréis tratar. Miguel Cervantes, que parte el lunes a Puerto Lapice y hacia Andalucía, ya me habló de su encuentro contigo estando con tu abuela en el mercao. Curioso también anda en lo de la junta de hoy. Que de preguntarme sobre ti ha estado estos dos días últimos. Y yo, al que decir, que andas casi siempre en la huerta, y que si no riegas, te estás con dibujos con tizones en papel, y que de a veces te llegas al Concejo, que algunos libros hay de los que el Alguacil te deja mirar, y que aquí, en los pocos libros que hay siempre estas repasando, cuando vienes a traer las hortalizas que te manda la Filomena.

-Na y menos capaz soy de pintar con buen tiento y de poner letras en renglones seguidos y que se entiendan.- Continuo Cazuela-. Es más la imaginación que sale de la cabeza que otra cosa, estándome en la huerta o yendo y viniendo por el camino. De saber sé, lo que la tía

Valentina me dirigía con el llavín sobre la muestra. Que a la primera escuela de Don Frasco D'Avellana poco he acudido, en unas ocasiones por ayudar en la huerta, y en otras por todos los dineros que exige a cambio de enseñar sobre las letras. Que habiendo estudiado el maestro en Salamanca, bien pudiera estirarse menos el cuello y dar más nociones del abecedario a los chicos de la villa. Y a las chicas. Aunque a estas últimas la justicia del Reino y sus leyes las tienen apartadas del aprendizaje, de lo cual no entiendo razón. A mí, que de los que reinan y de los muchos que a su corte revolotean, tienen un ramal.

A lo que María del Consuelo Jiménez replicó:

-No, tontos no son. Qué bien se procuran las leyes con el duz y acomodo propio, mientras que al vulgo, como nos denominan, nos dejan de a lo que pesquemos, ya sean pernales para desgastar los dientes; y encima impuestos y reales debemos llevarnos al cambio. ¡Y quéjate! Que más pronto que en tardanza te mandan a los corregidores y alguaciles poniendo pleito, que lo menos que ocurrir puede es que una a destierro o cárcel sea destinada, cuando no a galeras siendo varón después de recibir doscientos latigazos. Dejraciaos somos todos por aquellos. Y, ea, a ver cómo andan las cosas de esta casa me voy, que a todo tengo que

estarme atendiendo y eso que la Ramira, Reparada, Romualda, Rudesinda y la Eufrasieja saber deberían de sus trabajos sin estar encima de ellas. Y tú, si quieres, échate otro trago de vino pidiéndoselo a este ayudante que tengo de la bodega, antes de que dormido se quede junto al porrón de giniebla.

-Las gracias le doy-, contestó el nieto de la Filomena-, por este vino y su atención; a los mas tardes, cuando todo esté dispuesto y diga, con los otros nos hallaremos a la mesa, ahora me voy a la puerta por ver si de presentarse quienes faltan de llegar acudieren.

Estándose haciendo espera, sentado en el poyete, en la portá del mesón, se fijaba de los que iban y venían por el camino, o hacia la entrada de la villa, y observando el ajetreo por el lado del Riato. Por su cabeza pasaban pensamientos de sobre el hablar a los que había convocado para la cena, y de tratar la cuestión del escribir. Agitación e inquietud le producían algunas ideas, más allá de propio hecho de ser capaz de andar con la escritura y los dibujos. Oído tenía de la prohibición de escribir, publicar, ni vender libro alguno que no hubiera sido sancionado por el Santo Oficio de la Inquisición en la última instancia. El del asco negro, el Alguacil, que a veces le dejaba en el Ayuntamiento algunos libros que

allí se encontraban, algún parlamento tuvo con él sobre la cuestión. Recordaba que las licencias para imprimir cualquier libro, de cualquier condición que fuere, había de ser dada por el Presidente y los del Concejo, y no otros. En encargo se hallaban de ver y examinar con todo cuidado los libros antes de proceder a su licencia. Informados estaban de haberse impreso muchos sin provecho alguno e inútiles. Y que llevando copia al Concejo ninguna cosa podía ser añadida o alterada después en la impresión.

De recordar sabía, de conversaciones con el Prior Alfonso Lujan, de por ratos de ociosidad en la huerta, de algunas visitas que iba, más que a parlamentar, a entreverar alguna hortaliza y fruta, sin por ello pagar ningún real, que no obstante, permitido estaba imprimir libros misales, breviarios y diurnales, sin ser presentados al Consejo. O eso fue lo que le tenía entendido.

En estas tesituras andaba ensimismado Cazuela, hasta que de lejos vio llegar al tío Evaristo y el tío Casimiro, con una mula y las agüaeras puestas, en la que llevaban las guitarras. Estándose los dos hombres ya a la altura del mesón, el chico les saludó dándoles la bienvenida.

-Buena y alegre gente llega a este lugar, de lo que me produce mucha alegría y contento; viendo que no se separan de sus guitarras propias.

-Aquí nos estamos-, contestó Evaristo-, según el recaó que nos dio de tu parte Nieves el esquilaor. Y que de alforjas no

había de traerse, solo nuestra presencia y estar en la cena que has propuesto de estarnos unos cuantos en ella.

- Así resulta. Y como siendo todavía temprano, que las mujeres se están preparando lo que hemos de cenar en las cocinas de dentro, vayan ustedes a este comedor primero y tomarse unos vinos de los que espacha el mozo bodeguero. Y no se preocupen por el pago, que a un aparte irá el apunte. Dentro queda un hombre forastero, a más señas, que es un ayudante de Miguel Cervantes, de con el que pueden entablar conversación si se les tercia, al que reconocerán por su pálida cara y parecer espirituaño. Entretanto aquí quedo esperando la llegada de otros del pueblo y forasteros, si es que de acudir tienen a prestarse.

Habiéndose bajado unas cuartas el sol, y de no haber visto a nadie nuevo de venir, impaciente el nieto de la Filomena se adentró en el mesón, buscando la cocina de dentro. Cruzando el patio encontrose de a todas juntas de las criadas junto al pozo, a la Ramira, Reparada, Romualda, Rudesinda y la Eufrasieja.

-¿De cómo van las cosas de la cena?-, les preguntó el chico a todas ellas-.

-La Ramira contestó en representación de todas-. Todo estará listo a su hora según dice la mesonera. Que de estar nosotras al aire del patio es a causa del aire que reboca y el

humo de la chimenea de la cocina se nos llega a la respiración.

-A la tendera y la Vitorina ¿no afecta?-. Preguntó Cazuela.

- Con toses se quedan-. Habló la Reparada-.

- Vaya por Dios, en intranquilidad me dejas. Acercarme voy por si de ayuda pudiera ser mi presencia.

Espachose con los pasos hasta la cocina, hasta estarse en ella. Cabalicamente entró estándose La Chela abriendo ventana, la Ana Álvarez de Lara tosiendo, y la tía Vitorina tapándose la boca con las sayas.

-¿La caldereta está en mucha lumbre o el yerro es causado por la chimenea?-. Encuestó el mozo.

-Ay, muchacho, que esto es una estraliza-. Manifestó la tía Vitorina. ¡Sacate a esa moza al patio, que no se si con esa tos que le ha entrado vivirá para poner en la mesa los platos esta noche!.

Cogió el dos y agarrando a la Ana por la cintura la condujo fuera, dándole aire en el rostro con un paño. Era tal la toserá que hasta al chico le pasaba por la cabeza que hasta podían cantarle el gori gori si no paraba. Mientras que al tiempo le decía:

-Reponte muchacha, que al igual de haberte traído en la mula subida, a la noche, después de la cena y la plática, he de devolvete a la puerta de tu casa.

-Un simple carraspeo no ha da lugar a tanto apuro-. Reconvinó la Ana-. En más aprieto me resulta el frío del invierno si de cepas no hay en el fogón. Volvamos, pues, a la cocina no a ser que a la mesonera desagrademos entre unos y otras. Y tú, Cazuela, no te ovides tanto a mi cintura incluso a la luz del día, que parecer te andas de asobine, sin tener en cuenta las horas.

-¡Oh, moza! ¡Que hasta en la inquietud y prevención de tu estado, desabrida y áspera contestación encuentro!

-¿Áspera, áspera..?-. Contradijo la de la tienda-. Anda..., y entra.

-¡Atender que sentencia a mis miramientos..!.- Terminó el chico de la Filomena-.

De oír cantares y música, derecho fue Cazuela, de la cocina de dentro, al comedor de fuera, donde las guitarras sonaban del Evaristo y Casimiro. Dos jarras de vino estaban en la repisa y otras dos en la mesa. Y de esto oían el ayudante espirituaño de Miguel, y el alguacil, que sin invitación, también se había presentado, más dos hombres y una dama que andaban allí sentados.

*“Ya de mi dulce instrumento,
Cada cuerda es un cordel,
Y en vez de vihuela él,
Es potro de dar tormento,
Quizá con celoso intento,
De hacerme decir verdades,
Contra estados, contra edades,
Contra costumbres al fin.
Si el pobre a su mujer bella,
Le da licencia que vaya,
A pedir sobre una saya,
Y le dan debajo de ella,
¿De qué gruñe y se querella,
Que se burlen de él los ecos?”*

Entrando en la estancia en donde estaban los de la trova, el nieto de la Filomena, no sin cierto retraimiento pronunció:

-Virtuoso son es el que oigo. ¿Acaso me suena de algún cante de Luis Juanele o tal vez de Juan Encueros?

-Frio tienes el oído muchacho.- Observó el tío Casimiro-. Esto es una sonada que tengo escuchada de cuando voy a la feria de Tomelloso, un compadre instruyome la estrofa y arpegios.

-Perdone usted el poco acierto, que de saber solo conozco de ese sitio, la otra que canta:

En mi vida he visto yo
Lo que he visto esta mañana
una gallina trillando
y un ratón volviendo parva

-Repertorio y surtido de sonos y trovas, hasta romances nos sabemos Evaristo y yo. Que por todos los sitios de haber pasado aprendemos las letrillas que allí se entonen.

-No aligeres tanto Casimiro-, habló Evaristo.- Que de música gregoriana no dominamos.

En esa coyuntura se habían, cuando al cuarto acabaron de entrar dos, Ruy Mambarrejón, y Alonso Hernández que buscaban al chico Cazuela, que por su invitación a la cena acudían.

-Oportuna es su llegada y presencia,- saludó Cazuela a los hombres-, que a menos que otros faltan para estarnos prestos ya a la cena, si la mesonera apañada la tiene. Ya se conocen ustedes de por ser de la misma villa, incluido el alguacil, que al parecer algo ha oído de reunión, será de su intención oír que decimos.

-Sa que no es cierto el conocernos.-Apuntó Ruy-, aún en nuestros oídos suenan las canciones que Casimiro y Evaristo entonaban a la ventana de la cárcel en el tiempo que nos tuvieron presos por el pleito con los de los molinos harineros del Ciguela..

Al pronto de este instante, otro, que por la puerta asomó la figura. Acaso fuera el azar o la chiripa, mas allí se estaba Don Frei Alfonso Luján, prior y cura párroco de la villa.

-Que la providencia se halle para todos en este lugar-.
Dijo-.

-Amén Jesús.- Saludó Alonso Hernández-.

Sería cosa de las deidades, que Sotero, el mozo de las mulas se presentó también preguntando por Cazuela. Diciendo que el maestro de primeras letras, Don Frasco D'Avellana por él preguntaba.

-Sotero-, dijo el de la Filomena-, si vas a la puerta del mesón dile que estoy con estos señores aquí, y que se preste a venir.

Sin haber oído los pasos los presentes que tomaban vino, penetró en la habitación el tío Nieves, también.

-¿De quién es esa mula torda trasquilada a ringorrangos?, que me parece que en vez de estar apañada como mandan los cánones del buen esquilaor, se asemeja más a llevar pegadas con harina titos culebras en los lomos.

-¿Torda?, es la mula del Concejo, que para venirme he tomado beneficiada no estando el alcalde-. Explicó el alguacil con la jeta un poco de refilón.

-Del pueblo nadie ha podido hacer semejante esquile y que no le hubieran corrido hasta más allá de las afueras de la villa. A mí, que el alcalde por no pagar dinero justo a cambio de ese trabajo, a otro pueblo la ha debido de llevar, y de paso dejarnos sin labor ni pan a los que impuestos nos impone, y tú, Liberato Pérez, que a sus ordenes andas, nos traes día si, y otro también. Que o parece que tu no pagas, o comisión disimulada te recibes.

-¡Voto a bríos!, Nieves, que estamos muchos presentes, si no, la navaja que me trajeron nueva de Albacete a relucir sacaba-. Rebelose el alguacil.

-Alguacil-, replico el esquilaor-, temple, que ese enojo es na y menos. Mano extensa y boca larga, ¿atreverte a negar que liberado y favorecido eres, tal como el alcalde, el regidor, el jurado, el sesmero fiel, el montaraz, el procurador, el abogado, el escribano del numero o el maestro de la gramática y otros que reptan? Que ni a las guerras que el Rey emprende sois llamados a servir?. Otro sí, pronto nos traéis las leyes y bandos al populacho como despectivamente nos llamáis para obligado cumplimiento bajo amenaza de azotes, galeras o muerte.

-¡Bien sabe el Creador que sujeto mi brazo y navaja!-.
-Exclamó Liberato Perez el alguacil-. No por estarme fuera de servicio, más bien por hallarnos entre hombres, ni siquiera denuncia alzaré en documento escrito a causa de meterte con la justicia, ha no a de salvarte de contar al alcalde las palabras por ti dichas sobre el esquile de la

mula. Que conociéndolo, a mal le sentara lo pronunciado sobre la mula propia del concejo.

-¡Ja!, contestó Nieves-, mirad como tiemblo.. Y si la verdad escuece y de recordártela tengo, sabe, también, que por Liberato persona, te tengo respeto.

Poniendo los brazos sobre los dos, Ruy Mambarrejón procuró que hubiera entendimiento, de lo cual alcanzó.

-Vecinos somos en las calles de la villa y medio parientes todos. Buena gente sois y somos. Y avenidos. Que con muchas jarras de por medio, en la taberna del "Chilín", allí en el Riato, nos hemos participado.

De los otros viajeros presentes que de reposo y bebiendo estaban, ninguno dijo ni pio. Solamente el espirituaio ayudante del Miguel Cervantes, mientras echaba un sorbo, ligeramente carraspeó. Al tanto, que los otros continuaron platicando unos con otros y escanciando vino en placidez.

Estándose el nieto de la Filomena y los demás en ese tris, personose la mesonera por la entrada del cuarto en

compañía. Tras sus pasos, se adentraba Miguel Cervantes, habiéndole preguntado en donde se hallaba el mozo de la invitación a la cena de escritura y de los que a ella estarían. Viéndolos, adelantose en el saludo Ruy Mambarrejón con gratulación y cortesía.

-Buena anochecida tengas Chela, que de igual lozanía te mantienes; y vos, Miguel, mis reverencias, al volver a encontrar por esta villa. Que imaginación tengo que se camina de paso hasta la Andalucía.

-Ruy, de este feliz converger me congratulo, que a lo poco veintiséis meses que no me detenía en esta casa y villa. Verídico y cierto es tu pensamiento. Mañana mismo, parto al camino para llegarme a Sevilla, donde control y auditoría de cuentas en obligado mandamiento he de proceder. A lo cual espero salir sin pesadumbre ni contrariedad en las requisas de aceite y cereal, al modo de cuando Écija, que por haber actuado en confiscación de grano eclesiástico me veo excomulgado.

-La vida del afilador, como para todos-. Alegó La Chela.

Llegáronse a donde se estaban todos estos en cuadrilla, el criado encargado de las mulas, Sotero, y el maestro de

gramática Don Frasco D'Avellana, que rato hacia que preguntaba por Cazuela. A lo cual, el mozo acercósele aprobando su participación en el parlamento que se traían todos ellos. Mientras repetían con otra jarra de vino, Miguel Cervantes se llegó al nieto de la Filomena.

-¿Qué tal se encuentra aquella mujer que nos dispensó de pagar los reales en lo que nos llevamos de su puesto en el mercado?

-Bien se quedaba esta mañana en la huerta, y pasar noche de quintería. Que aunque de ser hoy sábado y mañana día de precepto, recoger tomates para prepararlos en sal no ha mas remedio.

-¡Ah, que sabrosos!.-Afirmó Miguel.- En esta mañana su sabor hemos probado, junto con el melón chino, que nos procurasteis el jueves. Después de la amanecida nos llegamos al río del Cigueta para ejercitar las patas del caballo y la mula de mi ayudante, y en deleite del paraje. Disfrutando de la fruta y del sitio ha sido la alegría, mas las caballerías con sequedad de boca han vuelto de no haber agua en el cauce del río.

- ¡Vaya por!, -lamentó el alguacil-.

-Pronto lamento exclamas alguacil-. Comentó Alonso Hernández, otro acusado en pleito y en sentencia de cárcel, junto a Ruy Mambarrejón a causa de los propietarios de los molinos harineros del Ciguela.- Se, que de incumbencia tuya no es andarte en aquellos sitios, del cual otras justicias han de hallarse atentos, y de lo cual no se están. Del jueves que estuvimos pesquisando por el molino de Esteban Fernández, y de fe puede dar el chico de la Filomena de que pasamos por su huerta estándose allí. Que del por el Riato no se podía andar al ser natural que esté inundado de aguas, y recorrido debimos llevar por camino de Villacañas cruzándonos al de los Marotos, hasta presentarnos al caz.

-¿De nuevo en malas aventuras se procede aquel molinero?-. Interrogó La Chela.-

-De altiva cabezonería es su proceder, a sabiendas de que la justicia del Reyno dictó sentencia de no ser justo ni bien hecho.- Participó Ruy.-

-¿Otra vez?-. Entró en conversación Nieves el esquilaor.- Serenidad y sosiego son cosas que nos reconocen a los vecinos de esta villa. Más enojo nos producen las injusticias. Potentes y adinerados son los que ejercen el poder, y a sus

pies la justicia han de su lado. Muchos años tengo, y de todo lo visto, trasquilados salimos siempre los mismos.

Entre tanto, con los sones de la guitarra, Evaristo y Casimiro, entretenimiento metían en el cuarto donde se bebía:

“No quiero tres, ni quiero treces,

Que un toro bebe cien veces,

Veo que un pajarillo,

Sin azumbre ni cuartillo,

Bebe por cada charquillo,

y en el río muchas veces,

La medida no la espero,

y esas cuentas no las quiero,

Que mi boca en la de cuero,

Se juntalla con las peces,

Tan agradecida es mi boca,

Que aunque me falte mi ropa,

Mas me calienta una copa”

-Jubilosos y alegres son estos músicos de esta villa.-Afirmó Miguel Cervantes.- De estas tonadas de contento, tiempo hace que no oigo, y de no ha muy lejos, mi pueblo, Alcazar, que al lado queda, de escuchadas no tengo.

-De mucho periodo y años es su salida de la villa de su nacimiento.- Dijo el nieto de la Filomena.- De saber igual pudiera haber llegado a sus oídos de la fama de los hermanos “Galvanes”, que buenas coplas y cantes son capaces de hacer, y de otros que les acompañan cuando van de pueblo en pueblo, que incluso en la capital del Reyno los han escuchado con gran contento.

-Cierto es.- Comentó La Chela.- En más de una velada han complacido a viajeros de esta casa, de su paso o a su vuelta de por los caminos.

-Vele ahí, que de su padre somos compinches.- Reafirmó Evaristo.- Que de siempre que vamos, regalados somos de tortas de Alcazar.

-Evaristo, buenas son.-Entró Casimiro.- Mas no te olvides de los mojicones de la tahona que allí también nos

llevamos en presente de amistades, que ninguna cosa alcanza ese duz.

Abriose el cortinaje de la puerta entrando Ana Álvarez de Lara, la de la tienda de tela, llevando aviso de la tía Vitorina viniendo de la cocina de dentro.

-Chela,- habló-, las mujeres me dicen que la rica mesa puede en disposición estar ya. Tus criadas Ramira, Reparada, Romualda, y Rudesinda en el comedor de dentro se hallan dispuestas a servir.

-¿Sabes si la Eufrasieja ha probado como el guiso queda de sal?.

-Ignoro si la cuchara ha metido a tal fin-. Respondió la muchacha-. Entre remover y remover, cucharadas tomaban en caliente, mas ninguna desmayo ha sufrido.

-Ea, pues, si a bien ya lo manda Cazuela, de irnos toda la compañía al comedor de dentro es apremiado.- Mandó La Chela-.

-¡unda!, ¿yo?... lo que dispongais.-Dijo el mozo.- Asintiendo y partiendo todos.

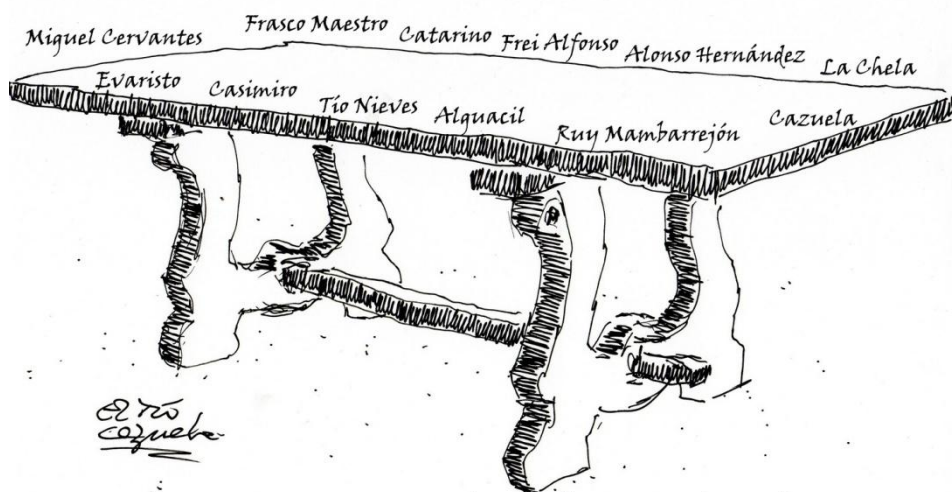
Viendo que durante todo el rato, el espirituaio ayudante de Miguel Cervantes, el maestro Don Frasco y Don Frei Alfonso, habían estado y seguían aún departiendo charla y jarra, hízoles el chico señal de cambiar de estancia. Al tanto que los guitarristas iban cantando también:

*“La madre que me parió,
Cien mil veces me juró,
Que una noche se bebió,
una azumbre con dos nueces,
Toma, hija, mi consejo:
Bébelo puro y añejo,
y si hubiere salmorejo,
Bebe hasta que bosteces.
El dinero del mezquino,
y las ollas sin tocino,
y las comidas sin vino,
Son caballos sin jaeces.
Cuando fueres al sermón,*

*Antes bota y colación,
Por que estés con devoción,
Cuando contemples y reces."*

La cena sobre escritura

Allí, en el comedor grande de dentro, se hallaban todos los que Cazuela, el nieto de la Filomena, había enviado recado para que se estuvieran, y tener reunión sobre escritura. Más algún otro, que metiose como de pasar por medio.



-¿Dónde me siento?-, preguntó Don Frasco, el maestro de primeras letras.

-Doce sillas son dispuestas al lado de la mesa-, contestó La Chela-. una de ellas, cualquiera, dispuesta está a aplanar sus posaderas. Libres son todos para ubicarse en donde parezca. Eso sí, dejad un puesto a Cazuela, que al cabo, de por él nos cenaremos en este anochecido.

-La gentileza de varón con una dama, aunque no sea caballero, ha de ser que tú, Clela, os sentéis primero-. Manifestó Alonso Hernández, compañero de andanzas y aventuras de Ruy Mambarrejón, desde lo pasado con el río, los pleitos y la cárcel.

-Eso-. Apostilló Catarino, el ayudante de Miguel Cervantes, que varios vinos había tomado antes de entrar a cenar, con Frei Alfonso, y el Alguacil.

-Preocupación no han de tener ustedes en esto, que sola sé dónde y cómo he de sentarme-. Explicó La Chela, sentándose en un pico de la mesa, junto al nieto de la Filomena. Quedándose, al otro lado, frente a ella Ruy, y los otros de seguido en los lados de la mesa, excepto Miguel Cervantes que consideró sentarse en el sitio opuesto de Cazuela.

Sobre la mesa, las criadas y ayudantas de la mesonera habían dispuesto tres cazuelas llenas de breve de tenca, cuatro jarras de vino tinto, doce vasos, tenedores y cuchillos, dos bandejas de barro con lechuga y hortalizas, llevadas por el mozo de la huerta, con aderezo de sal y aceite que había elaborado la tía Vitorina, y varios panes de kilo y cuarto, que de paso llevase Cazuela de la tahona.

Presuroso levántose Frei Alfonso, que sin mediar más palabra oró cristianamente:

- Benedic, Domine, nos et haec tua dona quae de tua largitate sumus sumpturi. Per Christum Dominum nostrum. Amen.

A lo que, por no saber latín los de la villa, se respondió:

- Ad cenam vitae aeternae perducatur nos, Rex aeternae gloriae.

-Amen-. Contestaron todos, que esto si se lo sabían-.

-¿Qué ha dicho?-. Preguntó Evaristo a Miguel Cervantes por lo bajo-.

-Bendícenos, Señor, y bendice estos dones con los cuales seremos alimentados por tu largueza. Que el Rey de la

eterna gloria nos conduzca a la cena de la vida eterna-.
Respondió al guitarrista-.

-Siendo así, Jesús por mi lado-.Replicó Evaristo.

unos se comenzaron a coger rebanadas de pan y tajadas de
tencia. Otros a tomar las jarras de vino y llenarse el vaso
propio.

De la poca casquera que se oía en el inicio de cenar, La
Chela consultó a los comensales cómo andaba de sal el
guiso. A lo cual, los presentes asintieron con la cabeza sin
soltar bocado. Solamente Miguel Cervantes respondió:

-Mano equilibrada atesora la quisandera, qué sabroso es
este plato. En muchos sitios he llenado la andorga, más
nunca sabor igual he encontrado. Cumplimente Chela a
las mujeres de la cocina en lo a mi tocante.

Ensanchose con humildad la mesonera de oír las palabras
del ilustre escritor, hablándole de dar su parte a las
ayudantas, mencionando a la tía Vitorina, y alabando
su experiencia en el arte de cocinar. De ser tal, que en todas
las bodas de la villa era reclamada.

Vaciándose iban las cazuelas a chico paso, mientras que
las jarras de vino se iban quedando a espeje.

Al tanto se estaban Evaristo y Casimiro riéndose de propias andanzas de por los pueblos a los que a tocar habían ido, el Alguacil se las parlaba con el maestro, Catarino y Frei Alfonso. Y a los otros, Ruy Mambarrejón, Alonso Hernández, Cazuela y La Chela, se las parlamentaban sobre el Ciguela.

Entre mientras de las conversaciones, Miguel Cervantes, interrogó sobre la procedencia del vino y el guiso de la cena.

-Muchos años ha de la salida de mi pueblo natal, Alcazar, mas no recuerdo este plato de tan buen gusto creado. Y del vino, muchos he probado, que de mi parecer bueno es, saboreando que es recio. ¿Es criado en esta villa o es traído de otro lugar de La Mancha?

-El plato concebido es con pez de tenca-, contestó Frei Alfonso-, de las que se crían muchas y grandes en las lagunas de este concejo. Mi criada en algunos días de precepto me prepara al saber que es de mi gusto. En cada casa tienen su mano para la salsa y aderezo, y a Dios que el de esta noche exquisito nos resulta. Mas del vino, no se la procedencia.

-De los toneles de la bodega del tío Valdepeñas están sacados-. Afirmó La Chela-, que al comprarle cantidad, a buen precio me resulta.

-¡Brindemos pues, por este vino, y por Cazuela, que de su gusto ha sido el que participemos esta noche en la misma mesa!-. Invitó Miguel Cervantes.

-Salud-. Dijeron todos.

-Per Christum, Dominum nostrum-. Ofreció Frei Alfonso.

Avanzada estaba la cena entre conversaciones, risas, y coloquios de unos y otros. El nieto de la Filomena que hasta la presente no había querido interrumpir el seguido yantar de los que a la mesa se estaban, hablaba con Ruy y con la mesonera. Algún planteamiento ya les había hecho, y se esperaba a que las criadas del mesón retiraran algunos trastos y bandejas del tablero.

En esa disposición se estuvo la mujer del mesón, llamando a las ayudantas, que de presto acudieron a recoger, la Ramira, Reparada, Romualda, y Rudesinda.

Habiéndose ya más hueco y comodidad de espacio, Cazuela tintineó un vaso con el cuchillo, buscando la atención de los presentes.

-Ea, mozo, di, que en vilo nos tienes desde que hablaste al tío Nieves de que nos estuviéramos aquí para hablar sobre escritura-. Demandó el maestro de primeras letras-.

Sentado, el nieto de la Filomena agradeció la presencia de los que había y continuó la plática:

-Verán ustedes, muchas son las horas diarias que me encuentro en la huerta, unas aplicado en los trabajos, y otras muchas viendo como el sol sale por un sitio y se pone por el contrario. De por eso es que en entretenerme pienso. Mis letras alcanzan hasta donde la tía Valentina me instruyó y leído tengo algunos libros de los que el Alguacil me deja ver en la Casa del Concejo, y de otros que este mesón tiene esta mujer que esta noche nos da hospitalidad. Días atrás, mi poco juicio se las compuso para que mi fantasía tuviera atrevimiento. De resumir, que la ilusión es ponerme a una mesa y redactar aconteceres de nuestra villa. Notables y queridas personas se están aquí en esta noche, a los que respetuosamente pedir que su permiso

dieran para nómbralos en los renglones que escriba, interrogándoles también sobre el parecer de este anhelo mío.

-Osado es el intento-. Habló Don Frasco, el maestro-. Saber tienes que para componer un libro se ha de tener muchas luces y estudio. Maestro soy, y estudios tengo, mas todavía no ha sido ese mi atrevimiento. Si mi opinión demandas, obligado estoy a decir que procures abandonar ese empeño.

A lo que Evaristo contestó:

-Si su gusto es, yo no veo impedimento. Acordes básicos se de mi guitarra, y a las casas y pueblos llevo cantares sin disgusto de la concurrencia.

-Por nuestro Cristo de la Santa Vera Cruz, no se interprete mal mi pensamiento, más digo: no ha muchos días, casi entrándome a la Ermita, sentado andabas dibujando. ¿Acaso la ventura es que dedicarte a la escritura quieres darte también?. Uno de tus dibujos vi, plasmada la Ermita, y de sujetarme tuve para no mudar tu ánimo. Dicho te dije, que para pintar, en buenos maestros se había primero de aprender. No ocurriera que a ti también te diera por pintar con frescos propios de coliseo el interior de donde se halla nuestro Señor, como aquellos que lo hicieron para mi disgusto tan grande.

-Si el entretén de Cazuela es estarse aplicado en dibujar y darse a la escritura, bien está su determinación-. Habló Alonso Hernández-.

-Nos, de pocas letra soy-. Participó la mesonera-. Y poco he de mencionar. Mas habiéndose entre nosotros Miguel Cervantes, el mismo podría manifestarse de esta cuestión.

-De por mí, licencia tienes para nombrarme en lo que escribas-. Aprobó Ruy Mambarrejón-. Disgusto no me causas, si no contento.

Miguel Cervantes que escuchando a los demás se estaba, abrió boca para participar en la polémica.

-Lantero voy siendo, y recuerdo todavía del encuentro con las letras en la comunidad de Santa Catalina en Alcalá, y de mis seis años fijabame ya en la picaresca. Soldado de mil aventuras he sido, con dichas e infortunios, la libertad y la cárcel he conocido por los caminos recorridos. Dura vida, como todos, al fin. Y todo enseña. Escribir de lo sufrido y gozado esquivia la desesperanza, estimula el alma y aligera la imaginación, donde sus dominios te llevan a los lugares nunca soñados. Escribir, al hombre vuelve tolerante y paciente con los unos y con otros. Conocerse a

uno mismo impulsa. A reírse de todo, y primero de uno mismo sitúa.

De ver a Cazuela de otras estancias de paso por la Villa Franca en este mesón tengo recuerdo, mas palabras directas nos dijimos el otro día en la plaza del mercado estándonos comprando en el puesto de la hortelana. Hablome de la esta noche en cena y reunión, y curiosidad tenia de ver sus intenciones e interés por las letras escritas, que según veo, relatar de esta villa es su deseo.

De seguir camino hasta Andalucía es mañana, desde donde a la vuelta de tres meses he de pasar por esta casa y llegarme a Toledo. En esos días, si el progreso de tu escritura es perseverado, alegrarme sería que copia me dejaras de lo llevado escrito.

Soy yo, con humildad dicho, famoso y conocido por mis libros escritos, y aún así la vida he de buscarme. A no por ello se ha de privar a quien guste de practicar cualquier arte, ni a gozar si con ello lo disfruta. Atrayente es la idea del muchacho, que sin ayuda de maestros, deseos tiene en adentrarse en la experiencia de la pluma.

Viendo el mozo que algunas jarras no daban más de sí, pidió a la mesonera encargara rellenarlas.

-Razonamiento no le usurparé, Don Miguel.- Entró de nuevo a debate Frei Alfonso-. Más de ponerse a una cosa, sin saber, poco o nada se ha de esperar.

- Señor Prior-, participó La Chela-, tomada la tiene con el mozo.

-Razones le acompañan-, dijo Don Frasco-. ¡Qué atrevimiento más grande! ¡Y mas siendo un estudiante y dos licenciados por Salamanca nacidos y vecinos nuestros!.

-Si eruditos son y de lo propio no les interesa, poca disposición tienen a esta villa-. Señaló Evaristo-.

-De mis trece no me salgo-. Observó el maestro-.

-¡Atender la que le ha entrado!-. Exclamó Casimiro-.

-¡Maestro, al grulle suelta usted las palabras!-. Achacó Evaristo-.

-¡Tente, Evaristo!-. Se defendió Don Frasco-.

-Si tente, estoy.-Contestó-, mas si fuese tan supio, afanese en escribir de la villa y al muchacho deje de gruñir.

Llegose al salón donde la cena Ana, la de la tienda de telas, a espachar tres jarras llenas de vino a la solicitud de La Chela. Algún que otro concurrente se estaba ya templado por motivo del vino. Alonso Hernández y Frei Alfonso entretenidos se hallaban entre comentarios y replicas entre ellos. El Alguacil y Catarino, el ayudante de Miguel Cervantes, colmaban los propios vasos de caldo tinto. Evaristo y Casimiro aludían a estrofas y arpegios de un cante de Tomelloso. Miguel, en esto, levántose y aproximó al otro lado de la mesa en donde sentados estaban La Chela, Cazuela y Ruy Mambarrejón. Dispuso su mano en el hombro del nieto de la Filomena, al tiempo que preguntaba:

-¿Y de ultimar tus escritos de los aconteceres de la Villa Franca, ¿a qué propósito te tienes de hacer con ellos?.

- Si entre la faltriguera de mi abuela y el reten de mi bolsilla alcanzara, estampar lo escrito y dibujado en libro cosido empeño tengo-. Respondió Cazuela-.

Oyéndolo, Frei Alfonso, quiso poner una comilla.

-¡Calentura te ha entrado en los sesos! ¿No te es sobrado con entretenerte en la escritura, que a más, divulgarlo quieres?.

-Mi ambición no es ser reconocido, si no ayudarme a saber quién soy yo mismo-. Alegó Cazuela-.

-Honesto es tu proposición-. Dijo Miguel Cervantes-. Elogiando el propósito del mozo.

Don Frasco D'Avellana habiendo vaciado el último vaso servido, solicitó a la moza Ana rellenar hasta el borde el mismo. Prontamente la joven acercóse al maestro en su requisitoria, le colmó la copa, de tal modo que al inclinarse la casualidad dio de rozar con sus pechos el hombro del maestro. Osadía de inmediato causó en él de las primeras letras, llevando su mano a las nalgas de la que el vino de la jarra le dispuso. Sin terciar verbo alguno, la moza regaló tal mojicón en la jeta del maestro que en todo el comedor se oyó el tabanazo.

-¡Tardo es este maestro! ¡¿A qué albedrío se las procura con esa bizarría?!-. Dijo la mesonera con enojo-.

Miguel Cervantes distanció a la moza del de la mano larga, notando que Ana pretendía duplicar la bofetada a palma abierta y dedos juntos.

-Moderación hallemos caballeros, y tranquilidad tengamos-. Demandó el tío Nieves-. Si echar la espuela con el vino no domina, mejor que bebiera agua de los Pozos de Navarra. Si mareada la cabeza tiene, pilón de agua llena en el patio se encuentra.

- Dignáre, Dómine, die isto sine peccáto nos custodíre-. Suplicó el Prior en esta circunstancia-.

Arreglóse el alboroto saliendo el maestro Don Frasco al patio del mesón buscando aireo y más espacio. Con la calma todos se sentaron a lo que a la vez la moza Ana puso disculpa:

-De incomodar mi voluntad no tenía intención, un inconsciente chispazo sin tiempo de preguntar la mano a mi cerebro solo ha sido.

-Yerro no ha sido tuyo-. Le dijo el mozo de la Filomena-. Acompáñate de las criadas en la cocina, o reparte otra jarra si la compañía tiene sed.

El Prior Frei Alfonso volvió a interesarse por las oídas de lo del libro cosido en hojas. Cautivado de las leyes eclesiásticas y de las civiles del reino, pusose a informar e interrogar a Cazuela:

-Mozo, estás fuera de rodá. De estar siempre en la huerta y no tener estudios de Salamanca poco has de saber de libros e imprentas. De consejo te prevengo de lo que las leyes de obligado cumplimiento exigen. Muchas diligencias has de tenerte en cuenta, que nuestro rey manda y defiende que ningún librero ni impresor de moldes sea osado de imprimir vía directa ni indirecta, ningún libro de lectura, que sea pequeña o grande, ni en latín ni en romance, sin que primeramente tenga para ello licencia y especial mandado, so pena que los lo contravengan, lleven pena de que los libros impresos sean quemados. Los del Concejo encargo tienen que los vean y examinen con mucho cuidado, antes que den las dichas licencias. Que de sabido es, muchas veces se han dado con facilidad e impreso libros inútiles y sin provecho alguno. Y Cazuela, en cuenta tengas, que el original en manos de la justicia ha de quedar, porque ninguna cosa se puede añadir o alterar en la impresión. Atente, pues, que quien fuere a que se

imprima libro u obra en otra manera, no habiendo procedido el dicho examen y aprobación, incurren en pena de muerte, perdiendo todos sus bienes, y como antes dije, los tales libros son quemados públicamente en una quiera.

-¿Todo eso por unas letras?-. Preguntó acongojado Nieves el esquilaor-.

-¡Zurraspas!-. Exclamó el tío Evaristo-. ¿Las letrillas de nuestros cantes también han de ser licenciadas?. Casimiro, no sé tú, ¡a mí que cuidado hemos de tener entonces de lo que nos pronunciamos, que letras nos cantamos sin venia ni cédula solicitada!.

-Severas son las leyes con los que escribimos siendo solo imaginación que ponemos en los libros-. Comentó Miguel Cervantes-.

-Esto es por las civiles leyes de nuestro reino.- Aclaró Frei Alfonso Luján-. Las eclesiásticas sus propios caminos consideran. La Santa Inquisición conoce y advierte de libros impresos de materias vanas, deshonestas y de mal ejemplo, de cuya lectura y uso se siguen grandes y notables inconvenientes, que muchos de ellos contienen muchos errores y graves herejías, falsas doctrinas sospechosas y escandalosas. y con ello tienen pervertida y dañada a

mucha cristiandad. Recibido tengo guardado catalogo y memorial de todos los libros prohibidos por nuestro Santo Oficio, de que a mejor no encuentre ninguno de ellos en casa alguna de esta villa.

-¡Vay que pitorrilla, sobresalto tengo y gorgollitas en la barriga!-. Atinó a decir Cazuela-. Pretensión solo tengo de contar historias ocurridas, apartado de metafísica y doctrina.

-Aún, todas las letras han de ser licenciadas si a imprenta se dispone en hacer copia de ellas.- Sentenció el Prior-.

-Si a mi disposición tienes a bien de tus letras, encargado puedo quedar de cursar la aprobación de cuando de paso vaya a Toledo-. Se ofreció Miguel Cervantes-.

-Más, no solo lo dicho por mi hasta ahora-. Prosiguió el Prior-. Enterado has de estar, que viendo de tu intención la inclusión de dibujos entre las palabras, estampas satíricas no has de meter, que aunque al vulgo cautivan, son prohibidas por las leyes del reino y del Santo Oficio.

-Vinagre se me va a hacer esta cena, oyendo lo que dice Frei Alfonso-. Intervino Alonso Hernández-.

-A mí que todo lo oído, el nueve me toca-. Indicó la mesonera-. Si el nieto de la Filomena dicho tiene de no escribir sobre filosofía ni religión, paz puede tenerse en lo de escribir y dibujar. De paso, dos bosquejos sobre mi figura a bien he tenido de dejarle dibujar, uno de mi rostro, y otro despojada de vestido. ¿A qué mal es a nadie?.

-Mesonera, no es lugar este de confesión, de todos los días del señor y fiestas de guardar en misa te veo estar-. Dirigióse el prior a La Chela-. Conducta cristiana practicas, mas en lo rayano de quebrantar los sacramentos advierto que te encuentras con lo de permanecer desnuda delante del dibujador.

-Todas las ofensas al precepto cristiano conoce de mí en confesión todas las vísperas de domingo. Las penitencias cumplo ordenadas. Y en esto no encuentro maldad ni vileza.- Dijo La Chela-. ¿Acaso la belleza no fue concebida por Dios?.

-Juicio racional emites, mesonera-. Opinó Miguel Cervantes-.

-Irreflexivas son las palabras por ella dichas-. Sancionó el prior-.

Catarino, el ayudante de Cervantes, tiempo llevaba abandonada la conversación, el Alguacil oía a unos y otros, Don Frasco el maestro proseguía en el patio junto al pilón refrescando su seso, y el mozo de la Filomena atención prestaba a lo que se exponía en la mesa.

Ruy Mambarrejón, desde que escuchado tuvo lo revelado por La Chela, de haberse dejado pintar desvestida por Cazuela, intrigado e inquieto se estaba. Con abundantes miradas contemplaba a dueña del mesón, observando sus gestos. Detenido se quedaba viendo su rostro, sus hombros, y sus formas, sobre todo cuando ella había de levantarse e ir de un lado a otro en atención de la cocina.

Volvióse de tomar aire fresco el maestro a donde se estaban todos, sentose en su sitio, se echó un trago y mirando a los terceros preguntó:

-¿A qué conclusión es llegada con lo del libro?

A la vez, todos se manifestaron que casi no se entendió mucho. De acuerdo dijeron que estaban con el propósito de Cazuela, y de que sus nombres permiso daban para nombrarlos en lo que escribiera. Catarino, el de media anqueta, que había abierto los ojos y las orejas, atinó a decir medio reche:

-Si Miguel Cervantes visto bueno ha sugerido, a mi lo mismo da.

-Que tenga que ser, pues, así. Pero desatino lo encuentro. ¿Donde hortelano se ha visto puesto en escritura sin saber gramática ni las reglas del escribir..?

Los de la cena, seguidos se estuvieron hablando y bebiendo. A las tantas de la noche eran las horas, cuando por el pasaje del patio al comedor muchos pasos se sintieron. Levantando la cortina de la puerta se aparecieron varios caballeros, que eran los regidores, Hernán Vázquez y Rodrigo Manrique y los alcaldes ordinarios, Francisco Martínez y Diego de Torres. Traérselas venía de la taberna de cerca de Pozo Palacios, la de Chilín regentada.

-¡Pachasco!-. Imprecó el Alguacil.

-Evaristo, icon la justicia hemos topado!-. Comentó Nieves el esquilaor-.

- Buena noche tengan los aquí concurrentes y el ama de este mesón-. Saludó Diego de Torres-. Numerosa y alegre gente vemos en congregación, que hasta el Alguacil en la

misma se encuentra. De lo cual discrepo de que se esté aquí en este horario, y observando que se tartalea.

-De lo mismo juzgo-. Dio razón el regidor Rodrigo Manrique-.

Estimando que la cosa se encorvaba, Cazuela intervino a dar argumento sobre la presencia del Alguacil:

-Señores del Concejo, mío es el tropiezo. Insinuación propia de que se estuviera en esta convocatoria fue. Consejo y permiso pedía a estos hombres sobre cuestión de letras y libros.

-Bien es lo que cada cual de ustedes haga, mas el ministril, aun siendo noche y sábado, obligación debe de encontrarse en otro sitio cumpliendo las leyes, evitando altercados, previniendo mancebías en la calles y socorriendo a los del pueblo sin en auxilio pidieren-. Intervino Francisco Martínez, el otro ordinario alcalde.

-¿y obligación de ustedes no es la misma?-. Consultó La Chela-.

-Derecho poseemos de ir aunque sea a estas horas a todas las tabernas, y estarnos de su vigilancia-. Respondió el regidor Hernán Vázquez-.

-Bien concilian las leyes y los hechos por lo visto-. Intervino Evaristo el guitarrista-. Y mejor armonizan la ronda, vino a vino en cada cantina. Y si son de repetir, de ser servidos de cuarta, a fijo que mejor les sienta-.

-Evaristo. ¿es eso un cantar aprendido de otro sitio?-. Aludió Hernán Vázquez-.

-Es un verso que ha salido-. Le respondió-.

-¡Ni na, ni na!-. Gritó Diego de Torres, con la lengua un algo trabada. ¡Alquacil, tente por preso!. Lo difícil es que tú mismo de recluso te procedas. De a saber cómo te llegas a la cárcel del Concejo, calamocano estándote de espíritu y cuerpo, te entres dentro en arresto, y al contrario de la puerta llave por fuera echas.

-Regidor, si tú caballo me procuras, sin tardar allí me acudo. Si abierto el cerrojo quedara, preocupación no ha tenerse, que a la cárcel, en su puerta, allí me siento, no me levanto, y si pasa un perro, le tiro un canto.

-¿Burla discurre de mi verbo?-. Interrogó Diego de Torres-.

Lo derivado siguiente fue que apretole con la vara mando en las corvas al Alquacil, oyéndose un chasquío. Rebelose

el otro a mano alzada de tan mala manera que fue a caer sobre la mesa con el regidor. Dos jarras de vino medio llenas y algunos vasos cayeron a las baldosas del suelo, rompiéndose las de barro.

Alonso Hernández, viendo que la justicia no se entendía, al camino, junto al mesón acudió a solicitar ayuda. Mientras, Evaristo, Miguel Cervantes, Casimiro, el tío Nieves, y Ruy Mambarrejón sujetaban y separaban a los de la riña con neutralidad, requiriendo razonamiento. Chela la mesonera, viendo la estraliza formada previno a los de la escandalera:

-Avergonzados han de estar los de la justicia que de esta manera orden quieren disponer. Y, oíd, ¡que el que rompe paga, y se queda con los cachos en su casa!.

Las ayudantas y criadas, al oír tal jaleo, se llegaron al comedor a saber de lo ocurrido. Cazuela, dejolas entrar hasta dos varas de la puerta, serenando a las mujeres. Apenose la tía Vitorina de ver sus ojos la panorámica.

-¡Ay, Jesús!-, dijo la Eufrasieja-.

-Per signum Sanctae Crucis, de inimicis nostris, libera nos, Domine Deus noster. In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti. Amen-. Oró Frei Alfonso, sacando el Santo Rosario-.

Con sofocación reapareció Alonso Hernández, guiando a los cuadrilleros de la Santa Hermandad, que en su socorro se asistieron. Presteza esta, fuera de costumbre de los calzas verdes, a no ser los de Melquiades, jefe de los cuadrilleros, que en prontitud, invariablemente se acudían a los hechos.

-¡Inmóvil toda la congregación!-. Gritó sin que Melquiades diera cortesía de buenas noches-.

-¡No te creas que la pitorra es fea!-. Dijo Evaristo a Casimiro viendo las circunstancias-.

-¿Qué sucesos acontecen con tanta escandalera que hasta en el puente de la Tamarilla se enteran los oídos?-. Preguntó el jefe de los cuadrilleros-. Justicia completa, músicos, escritor manco, amén de la dueña del mesón y otros, hallo aquí entre mucho desorden.

-¡Sosiego y a mi orden, cuadrillero!-. Intervino el alcalde Francisco Martínez-. A pago y disposición nuestra os debéis.

-¡Prudencia, y tapiar el hocico!. ¡Quién en esta hora gobierna es mi "Santiaga", tizona toledana de mucho filo que no conoce a nadie!-. Detuvo la voz del alcalde ordinario blandiéndola al aire el jefe de la Santa Hermandad. Clavó de un pinchazo la "Santiaga" en un serijo que se hallaba a expensas de poder ser posado, de tal modo que pareció oírsele exclamar: ¡muerto soy!. ¡Pronto, la justicia a un lado, y los otros al contrario!-.

-Hoy nos ajustician-. Susurró Nieves el esquilaor a Evaristo y Casimiro-.

-De clarear es lo sucedido.- Prosiguió Melquiades-. Deslindemos. Por estar en casa propia la mesonera, interpreto que no ha de ver en esto y causar el estropicio. El escribidor Manco de Lepanto, del que entendido tengo, zurdo es, descartado queda por faltarle el mismo brazo y no poder atizar estando en limitación. Por tanto, idé descripción la mesonera de lo pretérito!.

-¡Ay, lo qu'astao en desmayarme con este sofoco!. Dijo La Chela-. ¡Anda con Dios la que se ha presentado!. Señor cuadrillero de la Santa Hermandad, aligerando la declaración, la luna seguía su paso, apurando la cena nos

estábamos unos invitados, hasta toparse la justicia con el Alguacil en este comedor.

-¡Los de la justicia a un lado, el Alguacil al contrario!-. Ordenó Melquiades-. ¿La justicia invitada era?-.

-La justicia, no. El Alguacil, si y no-. Informó la mesonera-.

-¿La justicia a buscar pendencia se vino!?. ¡¿Tal deshonra!?. Exclamó el cuadrillero sintiéndose agraviado.

-¡Cuadrillero de la Santa Hermandad!-, solicitó atención el regidor Rodrigo Manrique, representando a los del ayuntamiento-. Obligación nos tenemos quienes nos hallamos en tales cargos de observar en días y noches el estado del pueblo. De ronda estábamos toda la noche por las calles y de taberna en taberna enterándonos de que altercado alguno no ocurría en ellas. La inteligencia de aquí presentarnos fue de habernos oído que asamblea en este mesón se producía. Pesquisar si maquinación y conjura contra el Reino sucedía. Nuestro Alguacil, que aquí se encuentra, recriminamos razones de tener abandonado su deber. Él mismo abalanzose sobre nosotros causando la trifulca.

-Altas horas son para poder discernirme el desenlace de lo que entre unos y otros se ha producido. ¡Ea, pues!. Los que de justicia no son, queden aquí a lo suyo, bajo imposición de el lunes presentarse con las primeras luces del día en el Ayuntamiento a exponer declaración. ¡Los del Consejo, cuales cinco!, tirando vayan andando bajo la custodia de la Santa Hermandad, considerándose presos hasta llevarlos a la cárcel del pueblo.

-¡Voto a brios!-. Clamó Hernán Vázquez-.

-¡Voto a tal!-. Dijo Rodrigo Manrique-.

-¡Voto al otro!-. Gritó Diego de Torres-.

-¡Voto a la "Santiaga", que fino lomo tiene y es la que dispone!-. Bramó el jefe de los cuadrilleros de la Santa Hermandad-.

- Sancta Maria, Mater Dei, ora pro nobis peccatoribus, nunc, et in hora mortis nostrae. Amén-. Invocó Frei Alfonso ante tanta execración, arrodillado en una esquina del comedor.

Salieronse del mesón al camino, recorriendo el lado derecho del Riato, dirigiéndose a la cárcel los de la Santa

Hermandad, con Melquiades al frente, y los del Concejo completo. Estos, mandamiento llevaban de ir juntos del braceo evitando que algunos de ellos se tartaleara por tenerse muchos vinos ingeridos.

Los demás, los de la reunión sobre escritura quedaron en la estancia donde cenaban. Las criadas de la mesonera, a susto pasado, a recoger los destrozos procedieron. Evaristo a su compadre Casimiro, le ideó sacar un cantar de lo acontecido. El tío Nieves riendo se las tenía él mismo, de haber visto que los de la justicia bien esquilados iban. Ruy Mambarrejón, que se había hecho un chafe mientras el alboroto, conferenciaba con Cazuela, exhortándole a estarse en despreocupación. El Prior Frei Alfonso, con rostro de jalbiego, se confinaba otro vino en la barriga. Ana, la de las telas, al nieto de la Filomena animaba, asegurándole que no todo lo venidero sería desagradable.

Presentados a la puerta de la cárcel, la Santa Hermandad y los arrestados de la justicia, procedió Melquiades a reclamar al celador aporreando la puerta. De mucha duración fue la espera, sin haber abierto nadie. José Gómez Calcerrada, encargado del mesón propiedad de

Don Juan Alfonso del Val y Heredia, presbítero y vecino de la villa, que pegado quedaba a la prisión en la calle La Virgen, asomó su presencia ante la bulla.

-Gorras gentes encuentro, que de seguir así, a los que están durmiendo en mi casa, ciertamente despertaran-. Habló el mesonero-. Los luceros de mi vista comprueban que aglomeración de justicia pregunta por el carcelero. A no tengan a mal, si de esperar un poco han de estarse. El aludido, que no se de cómo se las compone todas las noches a la misma hora, en el corral lo tengo acucillado haciendo de barriga. Ligerero ando a darle noticias de que toda la ley en su busca está.

-iDos ocasiones nos hemos reclamado en la noche a este guardián, y de las dos, desaparecido nos hemos acertado!.- Manifestó el jefe de los cuadrilleros-. Asegurado está mi seso, que este también ha de quedar dentro de los barrotes-.

Presentose el carcelero con el manajo llaves sujeto y con los aldones a medias, preguntando por su requerimiento. Melquiades mandó que abriera ligero la puerta, ordenándole que posteriormente el llavín le entregase. Convidando a que de uno a uno ingresaran dentro, los

alcaldes ordinarios, los dos regidores, el alguacil, y el carcelero se aposentaron en el interior de la cárcel del pueblo.

-¡Mal obráis cuadrillero al procedernos en encarcelamiento!-. Declaró el regidor Rodrigo Manrique-.
¡Pagareis vuestra osadía!-.

Desatendiendo lo oído, decretó que uno de sus hombres, Saturnino Malasaña, pusiera tranca y cerradura, advirtiendo a los de dentro de no haber salida ni remedio hasta la amanecida del lunes. Al otro cuadrillero, José Fernández Gracia, el de la pierna quebrada tras una caída, ordenó asignó de estar en vigilancia en la duración de ese tiempo. Que si de hambre le entraba, voces diera hasta que acudiera el mesonero de al lado en su socorro; revelando que él mismo y su otro cuadrillero a los caminos partían a guardar los caminos.

En idéntica hora, aquellos que de la cena de la escritura quedaron en lo suyo, departiendo continuaban.

-Joven novato que a la escritura quieres ponerte, gracias he de darte por esta cena tan rica, incluso por los hechos acaecidos, que a seguro en algún libro mío, cuenta daré de esta aventura.- Dijo Miguel Cervantes al nieto de la Filomena-. Mi ánimo tienes, si en capítulos escritura tienes intención de relatar de esta villa y nos personajes. Como de dicho ya te tengo, copia interesado estoy en poseer, con intención de buscar imprenta y licencia, no vaya a ser que por no andar el recorrido, en una güera acabe lo imprimido, y los huesos en la cárcel o en galeras, atendiéndonos a lo mínimo. Consejos no he de darte, que de tachones propios me inspiro, mas tente en la cabeza, que gusto no encontraras en todos de lo que escribas. A más, de los escritores, muchos hay que practican las letras con humildad, y otros se razonan que de sus particulares tachaduras libres se están, deduciendo que sus plumas son superiores y sobresalientes relacionándolas con las de aquellos otros. Unas veces, cierto puede ser, otras, su mayoría, sometimiento a celos y resentimiento se deben.

Ahora, a reposar y dormir me llevo.

-Agradecido estoy a su disposición conmigo-. Correspon^dió Cazuela con el manco escritor alcaceño-. Buen descanso encuentre en la noche hasta la salida del sol o hasta las vísperas, si de apurar el camastro es su propósito.

La tía Vitorina, fatigado tenía su ánimo en aquellas horas, que consultó con Nieves, Casimiro y Evaristo si de vuelta iban ya a sus casas en la villa. Estos, concordaron con ella de recogerse yendo juntos por la vera del Riato, invitándola a regresar subida en una mula. Frei Alfonso, adormilado, solicitó ir en acompañamiento de ellos. Alonso Hernández que llegó en el preludio de la cena, con Ruy Mambarrejón, comentole al mismo, que partía por la sendilla de la Dehesa hasta la la Casa del Guarda. Las ayudantas, Ramira, Reparada, Romualda, Rudesinda y la Eufrasieja consultaron su retiro con la mesonera, que a bien tuvo de dar consentimiento.

Vuelta la quietud al comedor de dentro, en el mesón poco más se oía que silencio. Rumor de conversar de algunos viajeros que esperaban la amanecida jugando a las cartas en el salón que se estaba junto a la puerta de entrada. Un criado, en vela, atendía bebida a los que no hacían noche

durmiendo. La Chela, de la cocina portó un porrón de giniebla por si agradaba, para terminar la cena, a Ruy, Ana y Cazuela. Ruy Mambarrejón aceptó un trago en dos pasos largos. La moza de la tienda y el nieto de la Filomena declinaron beber, pero agradeciendo el interés de la mesonera. Las torcias de los candiles y lámparas gastadas de aceite se hallaban, de ser, que más claridad había fuera, habiendo luna creciente. Cazuela, sabiéndose de las horas que eran, se dirigió a la mesonera anunciándole que se partían hacia las casas del pueblo. De acompañar a Ana Álvarez de Lara compromiso estimaba obligado.

Salieron los cuatro a las puertas del mesón, en cortesía de despedirse, indicando el de la Filomena a La Chela, que echara cuentas del deudo creado por los gastos de la cena, en previsión de si forzoso se hallare de sisar a su alcancía.

- Quebradero no tengas por ello-, contestó la ama del mesón-. El lunes, al traerte las hortalizas de la huerta, elaboramos la parte. Volved a la villa con bonanza gozando de estos rayos de luna que mejor orientan el camino. Ruy y yo, si a bien tiene, disfrutaremos de ella con un corto paseo hasta camino Navarro.

Despidieronse con cariño mientras se partían. El mozo de las mulas, sacada tenía a la mula "Carbonera" del nieto de la Filomena, que aunque todos de cena estuvieron, el animal ni forraje ni cebada había mascado. Subió Cazuela a la mula, dándole el pié después, el de las cuadras, a Ana Álvarez. Asiose con los brazos la moza a la cintura del muchacho, a la vez que este arreaba al animal camino del pueblo.

-Mucha jolgorio, para tratarse de junta sobre letras, habéis tenido esta noche-. Dijo Ana al de la Filomena-.

-La pena ha merecido saber de las opiniones de los que había-. Contestó Cazuela-. Mi juicio deduce que entre los platos de breve de tenca y los otros sustentos, más el vino de las muchas jarras espachadas en la mesa, mal no les ha afianzado en la panza. Quien más quien menos, alegre o amonado ha salido. Y en lo principal, el regocijo y la risa, es lo mejor que nos hemos disfrutado.

Yendo sobre la mula por el Riato y su borde el trayecto continuaban. La luna iluminaba sus figuras, las rodillas de Ana se reflejaban a la claridad de esa noche

transparente. Asida a la cintura del mozo, probó a acariciar su torso. El nieto de la Filomena sintió apretarse contra él a la joven mujer, sintiendo sus senos, excitando su nervio. Él dispuso su mano sobre la rodilla de Ana, continuándose las caricias.

-Antes de a la puerta de tu casa acompañarte, la mula debiera dejar en el Hondillo, echando bocado de paja que en desaliento la encuentro-. Participó Cazuela a su acompañante-.

-Si la penuria del animal has de saldar, contratiempo no me causa. Al contrario, hermosa es esta noche-. Convino la moza de la tienda de telas.

Alcanzaron la Casa del Concejo y el otro mesón, el de Don Juan Alfonso del Val, pasando por la Ermita, hasta ir a parar a la casa de la Filomena en el Hondillo. Bajaronse en la portá los dos de la caballería, entrando hasta la cuadra a la "Carbonera", dejándole un pienso echado. Puso Cazuela llave a la cerradura y se anduvieron a pie hacia las Cuatro Esquinas, siguiéndose hacia la Tahona, acompañando a la joven Álvarez de Lara.

Andando por medio de la calle transitaban riéndose de las cosas de la cocina y cena en esa noche, a lo que el mozo preguntó a Ana:

-Extraño encuentro, desde que te trato, de que sola vivas en tu casa. ¿Mejor para ti no sería habitarte con otra mujer o señora mayor?-.

-Precepto hay de que soltera joven, como yo, en ese requisito me estuviera, no contradiciendo la costumbre y la jurisprudencia de la justicia. Mis necesidades pocas son, y aún siendo más pobre de lo que soy, sola estaría en mi humilde vivienda, sacando el sustento de las telas que vendo y piezas que hago y coso, en vez de criada a las advertencias de alguna injusta persona-.

A los despacios, procediendo en paseo y dialogo, se hallaron a la casa de la tendera, acodándose esta en la ventana. En inquietud se experimentaba Cazuela, en la circunstancia, mirando los ojos de la muchacha.

-¿Te gustaría entrar?-. Preguntó Ana, con natural manera, cogiendo la mano del nieto de la Filomena-.

-Evitar no puedo mi deseo, ni el tuyo si es tu suspiro-.
Acariciando su rostro con los dedos-.

Abierta la puerta, adentraronse, de oscuras en la casa, progresando por el pasillo. Conduciéndose ella primera hacia la cocina con intención de prender la torcía del candil, trastazo y quebradura del botijo se escuchó.

-¡Ea, la primera!-. Exclamó Cazuela-. Quedándose babiaca y riéndose ella-. ¡La culpa es del botijo, qué en medio del pasillo estaba puesto!-.

Sin apenas haberse apurado de prender el candil en la cocina, cuando el nieto de la Filomena abrazó por detrás a la joven mujer, besando su cuello. Disponiéndola contra la pared se estrechaba contra ella, sujetando sus manos, rozando sus labios a los de ella, mordiendo con ellos su oreja, cuello, sus hombros. Desligose un poco la moza, tomando el brazo de él, llevándolo a su cuarto de arriba de la tienda. La detuvo en los peldaños de la escalera tomando sus caderas, rebosándola de besos y colmándola de contacto. Estándose dentro del cuarto, la luz de la luna llenaba la habitación traspasando la ventana. La despojó de vestido,

quitándole la saya y corpiño, retirando las medias y coteron, librándola de bragas y cinta para el pecho. Desnudó a la vez ella a su acompañante, uniéndose los dos en una misma piel cálida. Notando su miembro entre las piernas dejose caer en el colchón arrastrándolo sobre ella. Sentía su cuerpo, sus brazos, sus manos acariciando sus caderas, su vientre, adivinaba sus dedos recorriendo sus senos y pezones, sus muslos, llegándose a su vértigo, entrando los dedos dentro de ella. Su ánimo se alteraba tomando entre sus manos la cabeza del muchacho entre sus piernas, percibiendo su boca y su lengua en lo más oculto de sí.

Estuvieronse toda la noche regalándose caricias, excretándose los dos muchas veces, poseyéndose y gozándose. A las primeras luces del día, estrechados sus cuerpos, se sonreían entre ellos, llenándose las miradas dulces.

-Eres muy hermosa-, susurró Cazuela-, besando su mejilla.

-Tu ternura me ha colmado toda la noche, gozosa me he estado de ser contigo todos los segundos.- Contestó la joven de la tienda de telas.

Rodeándola con sus brazos, la abrazó contra él, devolviéndole toda su ternura y pasión, permaneciéndose sus cuerpos y piel siendo uno.

De esas mismas horas, se regresaban al mesón, La Chela y Ruy Mambarrejón, habiéndose ido a pasear, como encelados, por el puente de La Tamarilla, al término de la cena sobre escritura que el nieto de la Filomena hubo convocado.

-La vida del matakandil..